

En las calles de Madrid se acaba de oír el grito de "¡Abajo los partidos políticos!". Desde un punto de vista idiomático hubiese sido más correcto el grito de "¡Abajo los otros partidos políticos!". Pero hubiese sido obvio. Los otros partidos políticos están, ya, abajo. Por debajo del nivel de la calle. Underground, que dicen los anglosajones.

Aquí no hay partidos. Habrá asociaciones —un par o tres—, pero todo parecido de las asociaciones con partidos políticos será ajeno —como se dice en las obras de ficción— a la voluntad de su autor. Fruto de la casualidad. Tampoco hay derecha e izquierda. Hay algo más extraño: una tendencia bastante común a la etiqueta de izquierda, que se hace compatible con un comportamiento de derecha. Es una de las peculiaridades españolas.

La noción de izquierda y derecha, en política, se recogió, como se sabe, de la primera Asamblea Nacional Francesa —la Constituyente— después de la revolución: los partidarios del antiguo régimen se sentaban a la derecha del presidente; los progresistas, innovadores o transformadores, a la izquierda. Es curioso que se haya recogido este sentido horizontal de aquella Asamblea y no el vertical: el de arriba y abajo. O, como se llamó, "la Montagne" y "le Marais", o "la Plaine". En lo alto de la Asamblea, en los escaños más elevados —la montaña— estaban los "montagnards". Eran los puros del régimen: activistas, fanáticos, violentos y enérgicos. Querían que la oposición fuese, simplemente, destruida: crearon el Terror. Centralistas, París debía dominar

LOS CoNteM poRa nEoS

SAPOS Y MONTAÑESES

otros partidos abajo. La Plaine —la llanura—, el Marais —la ciénaga— era, sobre todo, el centro. Los centristas eran "les crapauds de Marais", los sapos de la ciénaga. Los centristas croaban incesantemente, los montañeses ululaban en su altura.

¿Sería mejor ese vocabulario, menos descarado que el sistema de izquierda y derecha, para un país tan pudoroso en materia de política como lo es el nuestro? Probablemente. Ya me veo a unos en la montaña, otros en la ciénaga... Pongan ustedes los nombres, por favor.

Los nombres, los Nombres: he aquí lo que de momento cuenta en España. No tenemos partidos, ni todavía asociaciones: pero tenemos hombres-partido. No hemos salido del ciclo histórico de la política personal, y las gentes buscan un jefe, un padre de su tribu, más que una comunidad de ideas. Esto ampara los extremismos. Incluso para el centro. Fraga es un extremista del centro, rara figura de la nomenclatura política. Girón es un extremista de la izquierda y de la derecha al mismo tiempo. Pero cada uno de ellos tiene un concepto del centro, de la izquierda y de la derecha que no coincide con los de los manuales. En cuanto a su idea de arriba y abajo, no ha sido suficientemente expresada todavía. ■

sobre la provincia. Aun entre ellos había una noción de arriba y abajo: los de más arriba eran "les Crêtois", porque estaban en la cresta de la montaña. Pero los montagnards terminaron por devorarse a sí mismos.

Desde su altura veían a los

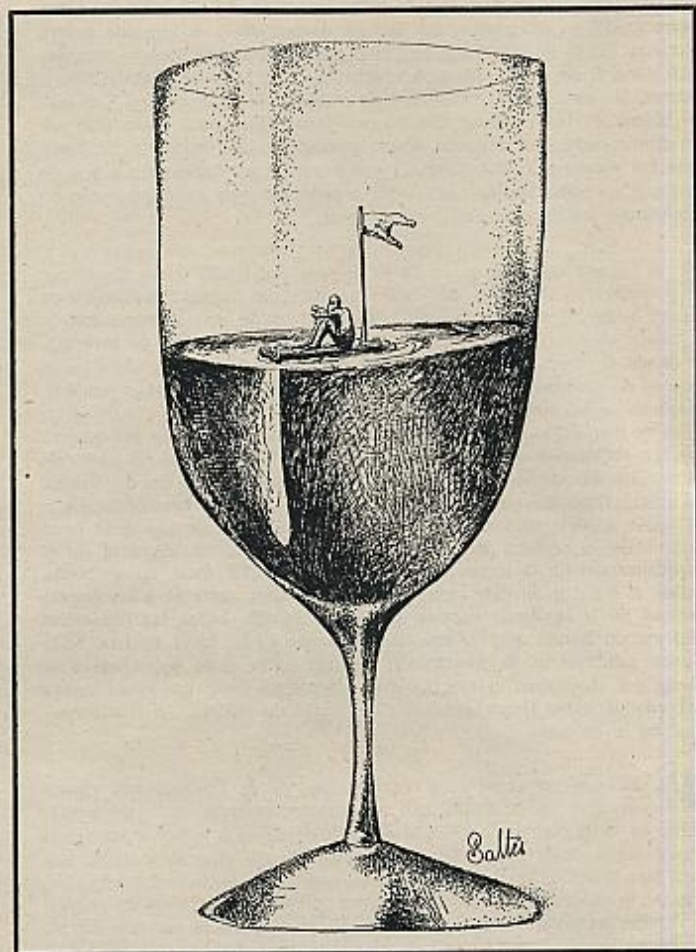
U. R. S. S. - ESTADOS UNIDOS

Judíos contra comercio

En 1972, los Estados Unidos y la Unión Soviética llegaron al punto más alto de su nueva coexistencia al llegar a la conclusión de unos acuerdos comerciales que terminarían con la discriminación —o bloque relativo— de la URSS por parte de los Estados Unidos, al concederse mutuamente los dos países la consideración de «nación más favorecida» en los tratados comerciales. Para Nixon y Kissinger, este acuerdo constituía una pieza esencial en toda su política exterior. Pero para que el tratado fuese firme, era precisa la ratificación por el Congreso.

Fue entonces cuando surgió la llamada «enmienda Jackson». El senador Jackson, demócrata, propuso que no hubiese tratado en tanto los soviéticos no levantasen sus restricciones para la salida de judíos de su país hacia Israel. Jackson perseguía varios objetivos con su enmienda. El primero, el de formarse una imagen electoral pasable para ser un día —en 1976— candidato a la presidencia de los Esta-

dos Unidos. Liberal y abierto en política interior, aparecía como firme y duro en el exterior, lo cual parece ser una buena combinación electoral. Arguía que la Unión Soviética no había cambiado esencialmente en su forma política, considerada como dictatorial, y que no había razón ninguna para que los Estados Unidos se debilitaran ante ella y suspendiesen su relativo bloque. Todas sus actuaciones políticas posteriores se mantenían en esa misma línea: dificultad para el desarme, negativa a negociar con los soviéticos. De esta manera, además de una imagen, obtenía apoyos muy considerables: los más rígidos de entre los militares, la industria de armamentos y los grupos de presión judíos con una fuerte prensa y televisión. La enmienda provisional fue adoptada, y Kissinger se dio cuenta inmediatamente de que se encontraba ante un problema grave. Tenía que negociar con los soviéticos algo que entraba concretamente dentro de la política interior y que contradecía por lo tanto



POZUELO